

Compromiso y crítica: tres bolivianos en apronte dialógico

Gonzalo Rojas Ortuste¹
CIDES-UMSA. La Paz-Bolivia
Correo electrónico: gorojas_99@yahoo.com
Orcid: <https://0009-0003-8996-9992>

Resumen

En la primera mitad del siglo XX, la élite intelectual y política era más reducida, pero destacaba por su mayor calidad y una crítica más elaborada entre pares. Aunque las ideologías políticas dominaron el siglo, surgieron debates alejados de descalificaciones fáciles o afirmaciones militantes, buscando una voz propia en el intercambio intelectual. Se analizan figuras como Bautista Saavedra, Augusto Céspedes y Carlos Medinaceli, quienes combinaron roles de políticos e intelectuales. Medinaceli, aunque menos influyente políticamente, demostró una preocupación significativa por el país. También se menciona a Alcides Arguedas (1879-1945), identificado como un antagonista de estas figuras.

1 Doctor en Ciencias del Desarrollo (CIDES-UMSA), Maestría y un Postgrado en Ciencia Política y Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Pittsburgh (EE.UU.), y una Licenciatura en Ciencia Política de la UNAM (México). Sus líneas de investigación se centran en democracia, procesos políticos, pueblos indígenas, interculturalidad, historia intelectual y política de Bolivia, así como en élites y cultura política. En docencia, aborda temas como política comparada, filosofía política moderna, pensamiento político clásico, reconfiguraciones políticas contemporáneas, democracia y populismos. Entre sus publicaciones destacan *Cultura política de las élites en Bolivia. 1982-2005* (2009), *Vicente Pazos Kanki y la idea de República* (2012) y *Bolivia como Estado soberano y democrático: Pensamiento y acción de Bautista Saavedra* (2015). Su trayectoria académica e intelectual refleja un compromiso con el análisis crítico y el desarrollo del pensamiento político en Bolivia y América Latina.

Palabras clave: Élite intelectual, Ideologías políticas, Crítica constructiva, Debate intelectual, Alcides Arguedas

Commitment and Critique: Three Bolivians in Dialogic Readiness

Abstract

In the first half of the 20th century, the intellectual and political elite in Bolivia was smaller but stood out for its higher quality and more sophisticated peer criticism. Although political ideologies dominated the century, debates emerged that avoided facile denunciations or militant affirmations, striving for an independent voice in intellectual exchanges. This study analyzes figures such as Bautista Saavedra, Augusto Céspedes, and Carlos Medinaceli, who combined roles as politicians and intellectuals. Medinaceli, though less politically influential, displayed a significant public concern for the nation. Alcides Arguedas (1879–1945) is also mentioned as an antagonist to these figures.

Keywords: Intellectual elite, Political ideologies, Constructive criticism, Intellectual debate, Alcides Arguedas

Recepción: 21 de octubre de 2024

Aceptación: 18 de noviembre de 2024

En la primera mitad del siglo XX, la élite intelectual y política era, sin duda, mucho más reducida que la que conocemos en la actualidad. Sin embargo, esta disminución en cantidad se compensa con una mayor calidad. Además, podemos afirmar que es casi la primera que ejerce una crítica a sus pares digna de tal denominación. Aunque surgirán con fuerza las ideologías políticas que marcaron el siglo XX, y conocemos la combatividad de estas, también hubo intercambios sobre los trabajos de los demás, alejados de la simple (y fácil) denuncia o descalificación, o de la afirmación militante que casi no mira alrededor en pos de hacer audible una voz propia en algún tipo de debate.

En esta intervención, tomamos como ejemplo algunas figuras de políticos que también eran intelectuales, como Bautista Saavedra, el primero Augusto Céspedes y Carlos Medinaceli. Este último, si bien no tiene la preponderancia en la escena política como los otros, su preocupación pública por el país amerita su inclusión. Al desarrollar estos apuntes, también surgió el nombre de Alcides Arguedas (1879-1945), algo así como el antagonista de todos ellos.

Algo de contexto

Me gustaría introducir un contexto regional y nacional respecto a cierta maduración de las élites políticas e intelectuales a comienzos del siglo XX. Tiene que ver con el impacto de la derrota en la Guerra del Pacífico (probablemente también la del Acre, aunque con menor efecto) y el fantasma de la Guerra del Chaco y su concreción posterior.

Con variantes, algunas importantes porque se apartan de la tendencia general en la región latinoamericana, recién a inicios del siglo XX o finales del siglo XIX, se empezaron a preocupar por instituciones republicanas más allá de la influencia de los consabidos caudillos.

En 1928, la Federación Universitaria Boliviana declaraba en su pronunciamiento (redactado por José A. Arze y Ricardo Anaya):

2) Política territorial: Reintegración marítima de Bolivia. Defensa de las fronteras contra invasiones de conquista. Intensificación de la vialidad. Colonización, a base del bienestar colectivo.

9) Política militar: Adhesión al principio pacifista. Expresión de simpatía al militarismo honorable identificado con la causa de la emancipación popular y organizado para hacer efectivo el lema “Guerra a la guerra” (Cfr. Arze, 2015: 352-3).

No se trata de una proclama edulcorada de pacifismo etéreo, sino de una lúcida conciencia de los males que acarrearán las guerras, sus consecuencias geopolíticas y sus proyecciones. En lo referente a la cuestión del mar, se manifiesta explícitamente el sentimiento de amputación que marcará la política exterior boliviana durante un siglo.

Esta lectura no está reñida con la noción de “inconformistas del centenario” (Stefanoni, 2015), sino que apunta más bien a la disposición de nuestros seleccionados—sin duda representativos—para conformar la esfera pública como parte insoslayable de una comunidad política, lo que

implica reconocimientos mutuos y críticas más allá de las simples denuncias, descalificaciones o afectos personales en algún tipo de debate.

En mi trabajo sobre Bautista Saavedra (1869-1939) quise trascender su forzado mal nombre (o peor, su ausencia, como en la galería de presidentes en la Casa de la Libertad en Sucre), no para ir al otro extremo de la glorificación, sino para aquilatar al hombre que, en su momento, sintetiza las críticas a la democracia en el país. Lo hizo en diálogo respetuoso y firme con sus interlocutores y predecesores, así como en su práctica política inmediata como presidente y en sus responsabilidades como miembro destacado de la delegación que negocia la paz del Chaco en sus postreros años. Allí destaco su tozuda voluntad de rendición de cuentas para sus conciudadanos.

En aquel trabajo (Rojas, 2015), dedico un capítulo breve a la discusión crítica sobre la democracia en nuestro país en las primeras décadas del siglo XX. Ya se contaba con importantes obras que enfocaban críticamente la democracia practicada entonces por élites indolentes (caudillos y caciques) que solo atendían a sus intereses y placeres: ¿nos resulta familiar? Saavedra conoce las obras de Rigoberto Paredes (*Política parlamentaria de Bolivia*, 1911) y de Carlos Romero Cavero (*Las taras de nuestra democracia*, 1920). Sin forzar, la novela de Armando Chirveches (*La candidatura de Rojas*, 1908) también forma parte de esta literatura crítica. Asimismo, el trabajo de Saavedra (*La democracia en nuestra historia*, 1921) sigue una dirección similar de enjuiciamiento severo a lo que poco después se denominaría la “democracia *huayra leva*” (Medinaceli, s.f.), que luego sería difundido como un rótulo burlesco² por gente cercana a *La Calle*, de la cual hablaremos más adelante. La gran diferencia de Saavedra en relación con sus cercanos antecesores es el valor que otorga al pueblo, ciertamente reformado en un proceso sociocultural. Veamos:

Negar al pueblo capacidad para conocer sus destinos es negarle el instinto de su propio interés, aquel instinto colectivo que jamás se equivoca –antes había citado críticamente a Rousseau-. Son los políticos (...) los que le engañan y le extravían. La masa popular es el único plasma donde puede modelarse una democracia progresiva, porque no se comprenden que exista democracia, sin pueblo, sin masa social. En nuestra historia es la única que lucha contra los despotismos y las tiranías; es la que ofrece siempre en holocausto a la patria su sangre y sus espal-

2 Véase la interesante y contextualizada nota de Ricardo Bajo con referencia a C. Medinaceli en diálogo con Hugo Vilela: <https://www.la-razon.com/voces/2021/04/07/hugo-blym-sabe-donde-vive/>

das a las violencias policíacas y a los vejámenes de arriba (Saavedra. 2000:228).

Los pueblos son los que modelan sus gobiernos y sus hombres directivos, puesto que éstos nacen de ellos (*ibid.* 229).

Y termina con una exhortación a caminar hacia ese ideal de democracia.

Igualmente, vale la pena consignar esta reflexión sobre la política, de los quilates de Maquiavelo, pensador renacentista, de la temprana modernidad y su horizonte republicano. Y cuando Saavedra ya ha dejado la presidencia:

...los gobiernos deben ser juzgados por sus obras, pero no por principios establecidos de antemano; porque el gobierno de un pueblo no es sino orientación que a un proceso vital deben dar los hombres de Estado, y la vida de las naciones, que es una constante ondulación de impulsos, necesidades, intereses y aspiraciones, no se desenvuelve con arreglo a arquetipos platónicos. Las instituciones democráticas no son colección de principios abstractos; son todo un florecimiento de la acción propia, de la fuerza activa y del propio superamiento de un pueblo, para alcanzar el gobierno autónomo por la cultura integral del ciudadano. En política no hay sino orientaciones, y dentro de ellas el papel y el deber de los hombres directores de los hombres conductores, de los que toman las responsabilidades del gobierno, es iluminar, ennoblecer el instinto y la fuerza vital de un pueblo, con ideales superiores, que no han de ser únicamente visiones puramente vaporosas, sino finalidades asequibles, grandes anhelos de paz y justicia, de riqueza y bienestar, de cultura y virtud públicas, que sea posible de obtener. El patriotismo, esto es, la cooperación a la obra común de grandeza moral y material de la patria es tanto más elevado cuanto el ciudadano ofrece a la acción de los gobernantes, no únicamente su tolerancia, sino su contingente activo; aunque para la oposición es aquello desde el cual se exige, por una parte, acierto sabiduría y éxito, y por otra no sólo le resta ayuda y colaboración, sino que se obstaculiza y esteriliza su labor (*La República*, La Paz, 5 de enero de 1926; Cfr. Gómez, 1975: 257).

Como no podemos detenernos mucho más en esto, saltamos a otro momento importante de su intervención pública, la realizada como parte de la delegación para negociar y firmar el Protocolo de la paz del Chaco en Buenos Aires. Tampoco puedo referir con detalle un encuentro con el canciller argentino Saavedra Lamas (descendiente del potosino Cornelio Saavedra), quien creía que Bolivia era básicamente un país andino y así debía seguir. B. Saavedra, por sus estudios previos sobre los límites con el

Perú, tenía una mirada más geopolítica y estratégica e ilustró así al canciller en cuestión:

No quise dejar de aprovechar la ocasión para insistir sobre la salida de Bolivia por el río Paraguay era una vieja aspiración nuestra que se fundaba en un imperativo continental. Si se nos cierra el río Paraguay —acentué— Bolivia quedaría enclaustrada en su desenvolvimiento económico integral (pues ya había ocurrido en el Pacífico). Le referí la conferencia que tuve con el señor Eusebio Ayala, presidente actual del Paraguay, y que dicho personaje, después de oídas mis reflexiones y otras que le manifestara sobre el asunto, terminó por decirme que Bolivia tenía derecho a poseer un puerto en aquel río. Y no es mera aspiración geográfica, un interés puramente económico que nos induce y nos ha inducido toda una vida a obtener libre acceso sobre la margen derecha de ese río —le inculqué—. Ese era nuestro legítimo derecho (Saavedra 1939: 229-30).

Por su muerte, muy cercana a los hechos conclusivos de ese acuerdo de paz, Saavedra no pudo saber que efectivamente hubo un movimiento de tropas bolivianas durante la tregua que aseguró nuestra salida al río Paraguay y, por allí, al Atlántico, como documentó Querejazu Calvo (1975: 526).

Carlos Medinaceli (1902–1949) es una figura mayor de la crítica literaria y social en la primera mitad del siglo XX. Lo es por su inagotable afán de documentar los escritos dignos de recogerse en una suerte de “archivo de urgencia” de lo producido en estas latitudes (acompañando, como parte de esa generación que se autodenominó “Gesta Bárbara”), y por la entereza con la que emite juicios que, sin desconocer los méritos —muchas veces truncos—, también señalan un rasgo de voluntad quebrada e inconstante (“A mediodía anocheció” *Chaupi p' unchaipi tutayarka*), rasgo que empieza a identificar en esas élites letradas, el cual puede extenderse incluso como un sello del carácter nacional.

La amplitud de temas que Medinaceli abordó en el concierto internacional, latinoamericano y europeo —lo sabemos por el esfuerzo de la editorial Amigos del Libro en sus *Obras Completas*, la mayoría inéditas durante su vida— no lo apartó de su entorno vital, el boliviano, sobre el cual emprendió sus mayores aportes. Éstos tienen que ver con la educación de los sentimientos y, por esa vía, con el afianzamiento de un carácter (nacional) propio, lo que deja más o menos explícita su mayor cercanía a Tamayo.

Como Céspedes y otros, marcó distancias con A. Arguedas, pero, a la vez, fue capaz de reconocerle su importancia. Así lo afirma en una carta abierta (17 de octubre de 1937) a Jaime Mendoza:

Sobre Arguedas, por ejemplo, mientras Europa ha opinado, Bolivia nada ha dicho, sino inepticias. Y no ya Europa sino los países vecinos, Chile, Argentina o Perú, ¿acaso no están autorizados a juzgarnos como una nación de incapaces mentales, si no hay un estudio monográfico serio sobre el más conocido de nuestros escritores ¿Es que en Bolivia no hay opinión pública superior? (Cfr. Baptista, 1984: 278-279):

En concordancia con lo referido previamente en torno a las críticas a la democracia, Medinaceli consigna la importancia del trabajo de Paredes, prologado por B. Saavedra, y su impacto (casi implicando un plagio de ideas, pues eran críticas compartidas en la época) en una de las obras exitosas de Arguedas, *Pueblo enfermo*, al abordar esta comparación:

Pocos como Paredes han hecho una crítica tan acertada, aguda y original de los vicios del ‘parlamentarismo’ y sugerido, con mayor tino, las reformas que, cuanto a nuestro sistema democrático, se imponen imperativamente.

Algo más: indudablemente, este tan poco conocido ‘estudio’ ha proporcionado ideas, orientaciones y, en cierto sentido, originado el célebre libro de don Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo*, que (...) por haberse editado en España, le abrió a su autor las puertas del prestigio continental. Mientras que el libro matriz de Paredes, por haberse publicado en el país (... no).

En prueba de lo que afirmamos, compárese el capítulo del libro mencionado con el capítulo III de *Pueblo enfermo*, publicado en Barcelona en 1909 (Medinaceli, 1978: 262).

Si revisamos la edición a mano, la basada en la de 1936, podría tratarse del Cap. 3 (con las consabidas condenas al “cholo”, etc.) o, probablemente, del Cap. 6, que presenta más referencias explícitamente políticas. Allí hay una mención a “Paredes” sin mayor referencia bibliográfica (Cfr. Arguedas, 1999, p. 145), vinculada a la precariedad de las escuelas fiscales. Más importante aún, en ese mismo Cap. 6 se dice:

El parlamento boliviano está compuesto —en síntesis— de dos grupos: del que sistemáticamente ataca al gobierno y del que incondicionalmente lo apoya (*ibid.*: 132).

(Y critica al presidencialismo) El ejecutivo absorbe a los demás y está circunscrito al Presidente de la República, hasta el punto que la masa toda y aun clases con alguna ilustración confunden la persona del gobernante con la idea misma del gobierno... (*ibid.*: 133).

Es el mismo personaje que escribió cartas a siete presidentes en un arco temporal de casi dos décadas, entre 1922 y 1939, y en una de ellas, enviada a Tejada Sorzano en enero de 1936, plantea la necesidad de una dictadura. Ésta fue respondida un mes después, en febrero, desechando tal idea (Cfr. Baptista, 1979: 95-118). Con todo, Arguedas fue capaz de reconocer los méritos del servicio público de B. Saavedra en sus exequias (Baptista, 1979: 39-45) en el mismo volumen que debemos a Mariano Baptista. Y también allí se halla el relato del aciago episodio de la violencia personal de Busch: vida con tintes trágicos, ciertamente condicionada por una mirada hipermoralista de la política y de la humanidad, escindida en razas de distinta jerarquía. Pero restablezcamos la consideración sobre esa generación y ese momento político, que es lo que hace Díaz Machicado después del episodio de Arguedas y Busch en el Palacio Quemado:

Todos parecían haber salido de la contienda con el alma ansiosa de justicia. Pero todos también, parecían tener los nervios trizados. Ese fue el sino de esa generación que, en diversos momentos de la vida política, llegó a las cimas de la crueldad, de la exacerbación, de la pasión incontenida.

Una generación entera ha vivido alejada de la serenidad (Díaz Machicado, 1957: 86).

Medinaceli cumplió con la valoración de un adecuado nivel intelectual de la obra de Arguedas —quizás no con la amplitud que hubiese deseado—. Nos empieza diciendo que el fallecimiento de su estudioso es reciente, lo que lo sitúa en 1946 (*La Razón*, 30 de junio; Medinaceli, 1972: 23). Los editores de las *Obras* (Cfr. Medinaceli, 1972: 75) también nos advierten que el siguiente párrafo, tomado de *La danza de las sombras* de Arguedas, editado en 1935, se publicó en la revista *La Gaceta de Bolivia*, editada por Gamaliel Churata, aunque no precisan el año. Establecido ahora, como no generará mayor controversia, el compromiso de Arguedas con Bolivia, dice Carlos Medinaceli (1972: 59 [énfasis en el original]):

Porque es en los hombres del pensamiento que la nacionalidad adquiere conciencia clara de su propio espíritu y la noción clarividente de su misión histórica. Son los creadores de PATRIA, porque son creadores

de conciencia histórica y social. De otra manera no habría 'patria', porque nadie tendría conciencia de ella.
(y así tiene más sentido lo dicho cuando concluimos el asunto ingrato con Busch) Arguedas es un hombre implacable con su patria y consigo mismo (Medinaceli, 1972: 67).

Medinaceli (1972) completa su crítica a la más famosa obra de Arguedas:

la actitud interna del autor –que es lo esencial-, y la ideología que ha presidido a la su confección, son europeas. La actitud del autor es crítica y demoleadora y con referencia a ello, es también aplicable a Arguedas lo que dijimos de René Moreno: su papel es de un acusador del presente, no el del constructor del porvenir, tal como también lo juzgó Mariátegui a González Prada (Medinaceli, 1972: 72).

Y remata:

En este sentido, 'Creación de la Pedagogía Nacional' de Tamayo, publicada casi en la misma época que 'Pueblo Enfermo' (1910) deviene no solamente mucho más actual que 'Pueblo Enfermo', sino lo que es más, con más porvenir. La ideología europeísta de 'Pueblo Enfermo' ha sido superada por el americanismo sustancial de 'Creación de la Pedagogía Nacional'. 'Pueblo Enfermo' ya ha cumplido su tarea; la 'Creación de la Pedagogía Nacional' está por empezar a realizarla. Esto es necesario decirlo y que sepa el mismo autor de 'Pueblo Enfermo' (Medinaceli, 1972: 74–75).

Igualmente, es preciso balancear esto, pues dedica todo un volumen, de enorme actualidad, a la crítica de la educación universitaria, también la secundaria y las élites políticas pugnaces en nuestra historia (Medinaceli, 1972).

Augusto Céspedes (1904–1997), el "Chueco", es el más combativo de los mencionados aquí. Siendo un militante confeso del nacionalismo revolucionario, en su época heroica en Bolivia, no deja de tener abierta la posibilidad de intercambios verbales, cercanos al diálogo ríspido, pero con intercambio argumental al fin.

Nadie que haya recogido la importancia de *La Calle* (1936–1946) deja de reconocer el papel del "Chueco" en esa disputada apuesta periodística junto a la figura de Carlos Montenegro y otros más. Periodismo de agitación, humor y crítica política que marcará época y renovará una tradición similar a la del periodo independentista.

Me apoyo —además de buena parte de su producción publicada— en dos entrevistas, con dignos entrevistadores: la de Paulovich (1967) y la de Gumucio Dagron (1977). En la primera, ese autor que ya empieza a perfilarse como uno de nuestros humoristas más destacados, A. Prudencio (1927–2019), consigna que Céspedes le estampó una dedicatoria en uno de sus libros:

A Paulovich, que hisopea cotidianamente una simpática combinación de ácido nítrico y agua bendita (Prudencio [Paulovich], 1967: 95).

En la otra, afirma que las dos riquezas principales de Bolivia son las materias primas y algunos de sus escritores, y “que ambas podían venderse” (Cfr. Gumucio Dagron, 1977: 73). Hay un tono burlón en esto, pero yo pienso que también es un elemento autocrítico. No en el sentido de vender sus íntimas convicciones o militancia, sino el de enfrentar el duro oficio de vivir de escribir... (para quien pueda/quiere pagar). Desde luego, también cabe la interpretación del simplón pragmatismo, pero no aplicada a él, en tal caso. Tampoco propondré a Augusto Céspedes como modelo enjuto de espartanismo moral; él mismo criticó esas poses (por ejemplo, en Daniel Salamanca, el “hombre símbolo”). Quiero destacar, más bien, ese aire picaresco, seguramente provocador, pero que daba cierto espacio o posibilidad para el intercambio verbal, más allá del retruécano.

En el curso de la entrevista, ensaya una corta lista de “obreros calificados”: René Zavaleta, Mariano Baptista Gumucio, Carlos Medinaceli, Ramiro Condarco, Sergio Almaraz y, llamativamente, Alberto Crespo Rodas³ (*ibid.*: 79), con quien no tiene coincidencias ideológicas, sino lo contrario. Quizás más interesante, citando a Luis A. Sánchez —con cierta duda, dice de él mismo,

aunque antiarguediano, paradójicamente integraba su corriente crítica sobre la desvertebración nacional. Pero desde ángulo opuesto (*ibid.*: 80).

Su célebre texto sobre Tamayo, “Viaje alrededor de un monolito pensante” (1931), ya habla de su audacia ante lo que ya era una de las figuras consagradas de las letras y el pensamiento boliviano en esa primera etapa del siglo XX (1931). Le asigna un lugar especial en el pensamiento:

3 Las memorias de Crespo R; *Tiempo contado*, resultaron para mi decisivas para constatar que lo que queda como historia oficial es la visión de los ganadores; en este caso, de los nacionalistas con relación a la Revolución Nacional.

Pertenece al reino de la inteligencia pura donde debió permanecer siempre, sin lanzarse a hacer criollas giras electorales por aldeas de la política (Cfr. Baptista, 1983: 221).

También en la semblanza ante el deceso de Bautista Saavedra.

He dicho cultura (tenazmente elaborada por la que la educación, el ambiente, las bibliotecas, las formas transferibles hicieron del hombre fuerte un doctor) y no ilustración o saber, porque cultura es vivencia según Max Sheler y, en lo que se refiere a la democracia, Saavedra por ella determinó no solo su mente sino su moral [...] Para mí —que también recibí algunos palos fue un gran político, ambicioso y violento, enturbiado por la cultura, pero al mismo tiempo, civilizado por su mentalidad jurídica (Céspedes, 2015 [1939]).

Queda clara su conciencia de ser parte de una generación, precedida por otra, y la propia también tendrá sus continuadores.

Para el cierre

La generación del Chaco, más allá de sus consideraciones sobre la contienda misma, dio lugar a hombres que estaban dispuestos a jugarse la vida —literalmente— por lo que creían. Entre estas creencias, desde luego, se encontraba un sentido de patria —republicanamente concebida— donde son y no pueden ser menos que ciudadanos.

En comparación con los del siglo anterior, el XIX, se consideran parte de un elenco que no se agota en alguno de ellos como estrella aislada (el ninguneo de Tamayo a Arguedas es proverbial). Sin embargo, ciertamente los modos o maneras son muy próximos al combate verbal. Por eso lo del “apronte” del título aquí. Con todo, he mostrado varios casos de figuras fuertes en términos intelectuales en esta breve selección, también de reconocimiento a los interlocutores en tanto tales, y no muy excepcionalmente —especialmente una vez que ya están fallecidos— de sinceros elogios de señaladas partes de sus respectivas obras.

También pesa en ellos el hecho de que tienen una mayor amplitud de horizontes y un sentimiento de responsabilidad sobre los destinos del país. La referencia de José Enrique Rodó, en la región con la aureola de “maestro de juventudes”, y la creciente conciencia de una distinción cultural diferenciada en *Nuestra América*, ya no los enfáticos nacionalismos de circunstancias del siglo XIX, así como, pasadas las tensiones limítrofes

en el subcontinente —excepción marcada en nuestro caso—, dio lugar a este tipo de “república de letras” en cada país, pero también a influencias mutuas, cierto diálogo y también cierta emulación.

Con razón Medinaceli eligió para caracterizarse a sí mismo como monje y guerrero (Cfr. Huanca Soto, 2002): guardianes de una tradición —en proceso de invención/creación— y su defensa argumentada, pero fiera; o, cuando menos, firme.

Bibliografía

Arze, José Roberto (2015). *Antología de documentos fundamentales de la historia de Bolivia*. La Paz: Biblioteca Boliviana del Bicentenario; CIS/ Vicepresidencia de Bolivia.

Baptista, Mariano [Selec. y Pról.] (1979). *Cartas a los presidentes de Bolivia*. La Paz: Biblioteca Popular de Última Hora.

Baptista, Mariano (1983). *Yo fui el orgullo. Vida y pensamiento de Franz Tamayo*. La Paz-Cbba: Los Amigos del Libro.

Baptista, Mariano (1984). *Atrevámonos a ser bolivianos. Vida y epistolario de Carlos Medinaceli*. La Paz: Los Amigos del Libro. (2da. Ed.).

Céspedes, Augusto (2015 [1939]). “Saavedra: hombre e historia”. En *Tendencias, suplemento dominical de La Razón*, La Paz, 8 de febrero. [Trabajo original publicado en 1939].

Gómez, Eugenio (1975). *Bautista Saavedra* [Incluye *El ayllu de B. Saavedra*]. La Paz: Biblioteca del Sesquicentenario.

Gumucio Dagon, Alfonso (1977). *Provocaciones*. La Paz: Los Amigos del Libro.

Huanca Soto, Ramiro (2002). *El monje y el guerrero: El proyecto creador de Carlos Medinaceli*. La Paz: CIE-Instituto Normal Superior Simón Bolívar; UMSA.

Medinaceli, Carlos (1972). *La inactualidad de Alcides Arguedas*. La Paz-Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Medinaceli, Carlos (1972b). *El huaralevismo o la enseñanza universitaria en Bolivia*. La Paz-Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Medinaceli, Carlos (1978). *Chaupi p'unchaipi tutayarka*. La Paz-Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Prudencio, Alfonso [Paulovich]. (1967). *Apariencias*. La Paz: Editorial y Librería Difusión.

Querejazu Calvo, Roberto (1975). *Masamaclay: Historia política, diplomática y militar de la Guerra del Chaco* (3a. ed.). La Paz: Los Amigos del Libro.

Rojas Ortuste, Gonzalo (2015). *Bolivia como Estado soberano y democrático: Pensamiento y acción de Bautista Saavedra*. La Paz: CIDES-UMSA y Plural Editores.

Saavedra, Bautista (1939). *El Chaco y la conferencia de paz de Buenos Aires*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento.

Saavedra, Bautista (2000 [1921]). *La democracia en nuestra historia*. La Paz: Librería Editorial Juventud.

Souza, Mauricio [Antol]. (2022). *Antología de la crítica y del ensayo literarios en Bolivia*. La Paz: Biblioteca Boliviana del Bicentenario; CIS/Vicepresidencia de Bolivia.

Stefanoni, Pablo (2015). *Los inconformistas del centenario: Intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis (1925-1939)*. La Paz: Plural Editores.